

Peter Ablinger

Oír hoyos

Sócrates describe en la alegoría de la caverna, como es sabido, que todo lo visto se reduce a ver sombras, lo que impide la verdadera visión de las cosas. Por otro lado, las cosas que pasan por delante producen sonidos o sus portadores incluso hablan entre sí y el sonido se refleja en la pared en la que se proyectan las sombras y funciona como si viniera de las propias sombras.

Aunque la dirección de la que proviene el sonido es una ilusión – ¡el sonido mismo no lo es! Oímos sonidos «reales» con imágenes irreales. Mientras que las imágenes son una ilusión, el sonido mismo no lo es.

En el mito fundacional de la filosofía trascendental occidental no existe la prohibición absoluta de la «cosa en sí misma»: la prohibición sólo afecta a la apariencia de las cosas, pero no a su sonido. Y, desde el principio, la apariencia no se refiere sólo al aspecto visual de las cosas, sino también a su nombre: su representación en nuestro lenguaje, en nuestras cabezas. Lenguaje y visión siguen el principio del engaño. El sonido de las cosas está, por el contrario, libre de engaño: sólo la dirección de la que proviene el sonido es una ilusión. Pero el sonido mismo es lo que es – siempre y cuando no se corrompa con y en el lenguaje.

Tal y como se lee habitualmente la alegoría de la caverna, se trata de la descripción de la diferencia entre la apariencia (sombra) y la verdad. Pero visto con precisión, la propia verdad es una farsa: detrás de un «pequeño muro», «parecido a los tabiques que ponen los titiriteros», pasan por delante «estatuas» y otros artefactos cuyas conocidas sombras nos evocan una imagen de la realidad. Si nos pudiéramos girar, veríamos los artefactos que nos engañan. La ilusión no consiste en que las sombras provengan de cosas verdaderas, reales, de cosas «en sí mismas», sino de manera mucho más dramática y desesperanzadora: no hay cosas «verdaderas», «reales», sólo hay artefactos que nos hacen creer que puede haber algo más que artefactos.

Y lo único que no engaña, que es casi inmediato (más allá del ángulo de incidencia) es el sonido de los farsantes, el sonido de los titiriteros detrás del muro.

La realidad más real a la que podemos acceder es el sonido que hacen los titiriteros cuando nos quieren engañar sobre la realidad, cuando detienen el desfile del circo para volvernos locos a través de la apariencia de las cosas con respecto a lo visual y su representación lingüística.

Pero si la apariencia misma no es lo que se diferencia de una realidad superior, si la apariencia misma no es el engaño, sino el engaño es querer diferenciar entre la apariencia y lo real – después de todo, hemos visto que lo real son sólo los titiriteros que nos querían representar una realidad superior–, qué significa entonces bajo esta luz (bajo esta oscuridad) la extraña diferencia entre las sombras en la pared y la reflexión de los sonidos en la pared.

Las sombras son sombras de la apariencia de una realidad superior. Los sonidos son después de todo el eco de una realidad de la apariencia: la realidad de la farsa. Y no se debería minimizar la diferencia entre apariencia y eco. Sombras y titiriteros (farsa de la realidad superior) se diferencian tanto entre sí, que es casi imposible desenmascarar a estos últimos como tales. Por el contrario, entre el sonido y el eco en principio no hay ninguna diferencia: en principio cualquier sonido puede estar sujeto a distracciones direccionales, sin renunciar a su origen ni a su identidad.

De este lado de la alegoría de la caverna cabe aún preguntar si, más allá de la diferencia entre las representaciones visual/semántica y acústica, es posible determinar una diferenciación cualitativa que marque una percepción «más representativa» o «más cercana a la realidad» que la otra. Eso puede resultar difícil.

Para empezar debería ser posible determinar, que la milenaria contraposición entre percepción y transcendentalismo desde un punto de vista semántico y visual provee un radio de diferenciación fundamentalmente más amplio, una consciencia más precisa que para los procesos del ámbito acústico. Al menos en el lenguaje, el ejercicio tantas veces practicado de pensar el medio y la contingencia junto con el término de las cosas, nos ha permitido diferenciar entre el término y la cosa. Por el contrario, la experiencia acústica se nos aparenta claramente más «naif». Aún quiere creer en lo que oye.

Quizás ayude aquí mi esfuerzo en diferenciar el oír del «oír». Oír es querer creer lo que se oye. El «oír» por el contrario consistiría en no llevar a cabo una disociación entre lo creído y lo oído. Esto mantiene alejada hasta cierto punto la representación lingüística (u otra) – con el consiguiente inconveniente, como el dolor de muelas, de no ser comunicable o apenas serlo, pero de al menos poder ser experimentado.

*(Tieschen, Juli 2020,
Erstdruck in: Musik & Ästhetik, 2022,
Traducido por Gabriel Santander, 2024)*